

La enseñanza teológica en las universidades, estaba por entero en manos de los jesuitas, á excepcion de algunas cátedras desempeñadas por profesores dominicos. Dirigian tambien los estudios filosóficos y mas de 200 gimnasios. ¿En qué condiciones se encontraba esta enseñanza? (1) Los jesuitas no tuvieron ni un solo teólogo de importancia: la facultad de teología se componia de cuatro cursos: la Vulgata era el fundamento de toda la enseñanza teológica y el hebreo se enseñaba muy superficialmente; en cambio, la dogmática de Santo Tomás de Aquino y del P. Suarez, y la controversia y la casuística eran enseñadas con prolija minuciosidad. Los estudios filosóficos comprendian tres cursos: en el primero, se enseñaba la lógica aristotélica y las matemáticas; en el segundo, la física y las matemáticas; y en el tercero, la historia y la metafísica, todo en latín. Los jesuitas austriacos tenían algunos excelentes físicos y matemáticos, como Scherffer, Maximiliano Hell y Stepling, pero la enseñanza era superficial, pues aquellos profesores se limitaban á explicar lo que los alumnos oían con gusto. En punto á filosofía, solo se estudiaba á Aristóteles. La enseñanza de la geografía y de la historia natural eran nulas y en cuanto á la historia, reducíase á algunas nociones sobre la antigüedad ó sobre Alemania hasta Rodulfo de Habsburgo. A pesar de todas las luchas, los jesuitas seguían preponderando en la universidad, pues eran dueños de los consistorios y de las facultades de filosofía y de teología. La cancellería universitaria y el obispo se inclinaban ante ellos. En los gimnasios, los jesuitas apenas se atenan á otra cosa que á la antigua *ratio studiorum*: el griego estaba en ella prescrito, pero su enseñanza fué abandonada por completo. El ex-jesuita Cornova decia en són de queja: «arrastran á los estudiantes por el espinoso camino de las reglas gramaticales hasta extinguir completamente en ellos la afición al griego.»

El idioma nacional no se enseñaba en la primera mitad del siglo XVIII y la enseñanza de la geografía y de la historia era poco científica y se daba sin método alguno y aun no en todos los gimnasios. El objeto principal de los estudios durante seis años, era el latín; pero los clásicos antiguos solo servían para formar el estilo, sin atender para nada á su espíritu. De aquí que Ciceron fuese el supremo ideal en las escuelas y que no se enseñara á Virgilio, Horacio ni Ovidio sino con gran parsimonia. A esto se agregaban los ejercicios prácticos de cartas, elegías, crias, dísticos y reglas latinas. Consecuencia de todo esto era que los jóvenes, al salir de los gimnasios, apenas sabían escribir una carta ó una memoria en alemán, y que los mismos empleados y escritores escribían un alemán pésimo. Los jesuitas probaban los conocimientos de los alumnos y los adelantos de los estudiantes por medio de comedias escritas en latín que se parecían mucho á los Autos sacramentales españoles, aunque sin las bellezas de estos. Tales representaciones fueron prohibidas en 1798. La misma actividad instructora, á la cual tanta preponderancia daban los amigos de los jesuitas, era escasa en extremo, pues el espíritu jesuítico influía mas en la san-turonería y en la obediencia incondicional que en la libre educacion de la inteligencia, en la severa conciencia de los deberes y en el noble idealismo del corazón. El provincial de los jesuitas bohemios Ignacio Francisco, escribía en 1770: «los profesores de humanidades son desgraciadamente, en algunos puntos, muy indolentes; gustan de vivir tranquilos y no encaminan á los alumnos hácia la verdadera moralidad y al decoro exterior.» No sin razon se quejó de todo esto el gobierno en 1735, extendiendo tambien sus quejas al hecho

(1) H. M. Richter, *Fuentes espirituales* 117, 118.—Kelle, *Los gimnasios de los jesuitas en Austria*, 1873, 1876.

de confiar las cátedras á profesores jóvenes é inexpertos, al cambio continuo de estos y al empeño de no permitir intervencion alguna del Estado. Los piaristas reconocieron que lo que habían aceptado de los planes y método de enseñanza de los jesuitas era harto insuficiente y se reunieron en 1763, para conseguir una modificación.

En los tiempos de María Teresa, el célebre profesor y médico de Cámara Gerardo Van Swieten inauguró la lucha contra los jesuitas, escribiendo, en 1763, á la reina: «Ya es tiempo de que la Compañía de Jesus sea conocida tal como realmente es, y de que se aprecien en lo que son los perjuicios que causa: las instituciones piadosas que dirigen en cuanto tienen medios para ello, tienden á satisfacer objetos muy distintos de la beneficencia; las universidades en que predominan decaen: los mandatos de Vuestra Majestad son pública é impunemente desobedecidos y aquellos que están encargados de velar por su cumplimiento no hacen nada, cierran los ojos y se contentan con una simple reprensión.» Swieten consiguió, desde 1754 hasta 1772, arrojar poco á poco á los jesuitas de la censura, de la direccion de las universidades y, últimamente hasta de la enseñanza de la teología. La emperatriz era, en un principio, adicta á la Compañía; pero, en 1774, decia ya: «Hace algunos años que no me es simpática la Compañía, así es que me aparto y aparto á mis hijos de ella en lo que á la educacion y el confesionario se refiere.»

Para disolver la orden nada hizo María Teresa, por mas que tal fuera el ardiente deseo del gobierno y de la mayoría del Consejo de Estado, desde que los jesuitas en 1762 y 1764 habían sido expulsados de las comarcas de raza latina. La emperatriz consideraba su disolucion como cosa puramente eclesiástica y se mantenía, siguiendo los consejos del Canciller de Estado, completamente neutral. Cuando, en 1770, los reyes católicos quisieron conocer los planes de la emperatriz respecto de los jesuitas, declaróles María Teresa que no se opondría á la disolucion de la orden si el Papa la consideraba prudente y útil. En la primavera de 1773, hizo iguales manifestaciones, reservándose solo el derecho de disponer de los bienes y personas de la orden en Austria, pues la decision de la Curia romana ciertamente no debía hacerse esperar mucho.

La primera noticia acerca de la disolucion la recibió la emperatriz por conducto del rey de España, el cual, en 13 de agosto le remitió la bula pontificia de 21 de julio. Inmediatamente hizo saber á los jesuitas que había recibido la bula y que no les quedaba otro remedio sino someterse á ella. La publicacion de esta bula tuvo efecto en setiembre de 1773, procediendo á publicarla los obispos en presencia de los comisarios del gobierno. El día 10, la notificaron á los jesuitas de Viena y el día 22 se leyó en todas las iglesias. Los Padres de la Compañía permanecieron provisionalmente en sus residencias; pero hubieron de entregar el dinero y las escrituras que á sus bienes se referían. Todo se hizo tranquilamente, conforme había deseado el gobierno, y las manifestaciones de descontento que se produjeron en Graz y Linz llamaron poco la atención. María Teresa, en mayo de 1773, había ya nombrado una comision que conociera de la cuestion de los jesuitas, pero esta nada hizo á pesar de encontrarse á su cabeza el liberal consejero de Estado Kressel. José II, que había pasado el verano en Transilvania y en Galitzia, escribió en aquella ocasion á su hermano (2): «La cuestion de los jesuitas ha sido confiada á una comision que no hace nada; los señores se van cómodamente á pasear por sus posesiones señoriales. La gente se ha dejado sorprender

(2) A Leopoldo de Toscana, 23 de setiembre de 1773.

por la bula, pues, en vez de aplazar su publicacion hasta haber adoptado los medios oportunos de llevarla á debido cumplimiento, se han apresurado á publicarla en Viena, cuando no se podía hacer cumplir en las provincias. En Presburgo, Praga, Brünn y aun en Neustadt existen los jesuitas del mismo modo que antes y allí continuarán viviendo, Dios sabe hasta cuándo, pues veo que nadie se cuida de esto.»

Decretada la disolucion, el trabajo de la comision fué formal y lento: las órdenes imperiales de 18 de setiembre y de 9 de octubre de 1773 y de 25 de enero de 1774, contenían las disposiciones relativas á las personas y á los bienes de los jesuitas. Los novicios fueron enviados á sus casas y los sacerdotes entraron en los conventos ó en el clero secular ó siguieron como profesores, en las escuelas públicas. Los ancianos y enfermos recibieron una pension ó un beneficio eclesiástico, y los curas fueron colocados por los obispos. Los libros jesuíticos relativos á la disciplina, á las costumbres y á los castigos de los Padres, fueron quemados y los mismos jesuitas procedieron á quemar los que no habían sido enviados al extranjero.

María Teresa deseaba que se hicieran la expulsion y la incautacion de los bienes de los jesuitas «con toda moderacion, dulzura y buen decoro.» Por esto se manifestó mas resentida cuando supo por la comision que los jesuitas habían enviado sus capitales á los países protestantes del extranjero y especialmente á Prusia; y un superior de la orden había ofrecido en San Petersburgo un empréstito de dos millones de ducados. En Linz, procuraron los jesuitas vender sus valores y retirar los capitales; en Trento distrajerón los objetos preciosos del culto, los muebles y demás bienes de toda clase, hasta el punto de que el obispo opinaba que aquello había sido un verdadero saqueo. En Estiria en el inventario de los bienes de los jesuitas se echaron de menos por valor de 250,000 florines y en Bohemia se realizó y eclipsó un millon. El gobierno se incautó de los bienes de los jesuitas, pero los aplicó á los objetos para que habían sido destinados por sus donadores, es decir, á la cura de almas y á la enseñanza. El decreto de 12 de febrero de 1774 señaló los bienes de la orden «que hacia 200 años habían servido solamente para la enseñanza de la juventud,» á excepcion de las fundaciones para el *fondo de estudio*, cuya administracion se confió á la Cámara áulica y de cuyo empleo cuidó la comision áulica de estudios. Estos bienes no fueron suficientes para atender á la enseñanza, porque las posesiones que en Bohemia producían antes el 2 y $\frac{1}{2}$ por ciento, no reportaron mas que el uno, debiendo, en su consecuencia, el Estado destinar á aquel objeto un suplemento de 57,484 florines. Los templos de los jesuitas fueron convertidos en iglesias parroquiales y las casas que poseía la orden fueron cedidas á las universidades, gimnasios y establecimientos de beneficencia. María Teresa no quiso que se vilipendiara á la orden disuelta, pero tampoco toleró los desahogos de sus amigos. La casa profesional de Viena fué, durante algun tiempo, el centro de una agitacion secreta, que se extendió por toda la Europa. Muchos ex-jesuitas declararon que la orden subsistía aun y que no había de tardar en festejar una gloriosa resurreccion. El cardenal Migazzi se valia de los Padres para la cura de almas y para otras funciones eclesiásticas, mientras, en Francia, los ex-jesuitas eran excluidos de la cura de almas y de las cátedras.

La disolucion de la orden de los jesuitas hizo necesaria una gran reforma en la enseñanza, á pesar de que esta se había ya llevado á cabo en las universidades desde 1749 á 1754. Despues que todas las tentativas hechas por los últimos Habsburgos para levantar el crédito de las universida-

des hubieron fracasado, el gobierno de María Teresa empujó de nuevo la reforma, haciéndola por el Estado y para el Estado. En vez de tomar por modelo á una de las universidades alemanas, que de tan antigua fama gozaban, el gobierno trasformó, poco á poco y por medio de disposiciones aisladas, las universidades austriacas en verdaderos establecimientos del Estado. El nombramiento de profesores se hacia por el gobierno, se vendió la propiedad de los bienes inmuebles y la administracion fué confiada al Estado. La direccion superior de las universidades fué dada en un principio al obispo como protector de los estudios, pasando en 1757 al supremo canceller y en 1760 á una comision áulica especial de estudios que comenzó por ser una especie de ministerio de instruccion; pero en 1778 volvió á la cancellería áulica. Los Consistorios de las universidades estaban divididos en dos colegios, de los cuales el uno conocía de las cuestiones de derecho y el otro de los asuntos universitarios propiamente dichos. Los profesores perdieron el derecho de elegir presidente del claustro, estando en cada facultad subordinados á un director que era nombrado por el gobierno, y á cuyas decisiones debían atenerse. La ciencia estuvo tambien al servicio del Estado, pues el profesor debía atenerse á los libros previamente designados, sin que le fuera dado variarlos en lo mas pequeño. Esta nueva direccion que se daba á la enseñanza tenía su lado bueno y su lado malo: cierto que dió á las universidades una nueva vida á la que no habían podido llegar las antiguas corporaciones; pero en cambio mataba en ellas el espíritu científico independiente y por tanto la investigacion libre. La reforma se había hecho con carácter mas francés que alemán; su iniciador y fundador fué el conocido Gerardo Van Swieten, cuyos proyectos referentes á la facultad de medicina fueron en 1749, incondicionalmente aceptados por la emperatriz. Como director de la facultad, llamó á nuevos profesores, como Haen y Antonio Sork para la cátedra de clínica, José Leber para las de anatomía y cirugía, Langier y José Jacquin para las de química y botánica, y Enrique Crantz para las de partos y fisiología (1). Swieten era patólogo. El estudio de la medicina floreció rápidamente en manos de aquellos hombres, pudiendo decirse que de aquella época data el gran renombre de que goza la escuela de medicina de Viena.

Despues de la facultad de medicina, tocóles el turno á las de teología y filosofía. El arzobispo Trautson, noble y esclarecido príncipe de la Iglesia, trazó el plan de instruccion, cuya ejecucion se confió á los directores y examinadores. Así en la teología como en la filosofía, se abandonó el método escolástico, con lo cual quedó aniquilada por completo la influencia de los monjes y de los jesuitas. Estos últimos conservaron sus cátedras, pero á cada vacante que ocurría el tribunal la proveía en algun individuo del clero secular ó regular, y de este modo despues de la disolucion fueron expulsados de las cátedras todos los jesuitas. Como teólogos, adquirieron fama el dominico Cazzaniga, el agustino Bertieri, en Praga, y el premostratense Blas Estéban. La enseñanza de la facultad de la filosofía comprendía en 1747 y en 1752, dos cursos, en el primero, se enseñaban los preliminares de la filosofía, la lógica, la metafísica y las matemáticas; y en el segundo la historia natural, la física y la ética. Además se enseñaba la filosofía del derecho, la historia, y en Viena, las llamadas ciencias económicas. Se limitaron la redundancia dialéctica y el constante dictado y se acomodaron los libros de texto al nuevo sistema científico. Para ingresar en la facultad de derecho y en la de teología se exigía el estudio de la historia y el conocimiento del idioma y del estilo alemanes.

(1) Arneth, obra citada: IV, 118.

La filología y la geografía no se enseñaron hasta que, en 1778, se introdujeron los estudios de literatura y la geografía general. En un principio los jesuitas conservaron sus cátedras; pero se les encargó que obedecieran las órdenes recibidas sin hacer observación alguna, bajo pena de ser depuestos los profesores que desobedeciesen.

Así, después de la disolución de la orden, siguieron en posesión de sus cátedras algunas notabilidades, tales como Carnova, Ekkel, Biwald y otros; pero como hemos dicho, cuando ocurría una vacante se llenaba esta con monjes ó con legos. Solo en los gimnasios continuaron predominando los ex-jesuitas, á consecuencia de la escasez de profesores.

La reforma de la facultad de derecho se hizo durante los años de 1753 y 1754: el deseo del gobierno era hacer florecer de tal suerte los estudios jurídicos, «que ninguna escuela de Europa pudiera alabarse de enseñar la ciencia jurídica mejor de lo que se enseñaba en Viena.» A excepción de la historia solo debían enseñarse especialidades jurídicas, tales como el derecho romano, el derecho penal, según las leyes Carolina y Teresiana, el derecho político alemán y la práctica jurídica general y austríaca. Para la enseñanza del derecho civil, de la historia del derecho, y del derecho político, se crearon nuevas cátedras y las ciencias de policía y de economía que comenzó á enseñar, en 1763, Sounenfels, fueron agregadas á la facultad de filosofía. Las cátedras de derecho económico que antes tenían los jesuitas, fueron confiadas á profesores laicos.

La reforma dió á los estudios universitarios una prosperidad que no habían tenido desde 1650 á 1750; pero los progresos de la ciencia no se hicieron patentes tan pronto, lo cual se debió á las tendencias hacia objetos prácticos, al sistema de libros de texto prescritos especialmente y á la poca firmeza que, por algún tiempo, tuvieron las disposiciones universitarias. Ya después de la muerte de Swieten la comisión áulica de estudios, á pesar de que el profesor Birkenstok recomendaba los estatutos de la universidad de Gotinga, imprimió de un modo cada vez más marcado el carácter de oficinas del Estado á las universidades. En 1775, se aumentaron aun más la inspección del gobierno y el poder de los directores; se reguló la marcha de los asuntos y se elevó el número de especialidades. Solo la facultad de medicina conservó la forma que le había dado Swieten: la de derecho recibió, con Schrötter, un fundamento histórico; y en la de teología se atendió con preferencia á las tendencias del Estado, sobre todo desde que, en 1774, el abad de benedictinos Francisco Estéban Rautenstrauch se puso al frente de esta facultad. Entre el gobierno y el arzobispo existía, por esta causa, una pequeña pero continua lucha, hasta que José II decretó la separación completa entre la universidad y la Iglesia.

María Teresa no perdonó sacrificio alguno en pro de las universidades. En efecto, estableció laboratorios, bibliotecas y gabinetes, mandó construir, en 1764, un jardín botánico y en 1756, levantó la universidad de Viena, nuevo edificio del Estado. Sin embargo, el objeto principal de todos estos afanes era puramente práctico y tendía á formar un cuerpo de excelentes funcionarios del gobierno. La emperatriz apenas conocía la ciencia y personalmente se interesaba poco por ella, lo cual se hizo patente cuando, á los setenta años, intentó fundar una Academia imperial de ciencias. La idea de tal fundación la habían tenido Leibnitz, en 1713 y 1714; Gottsched, en 1749, y el ministro Haugwitz, en 1753; y renació á raíz de la expulsión de los jesuitas. María Teresa aceptó, en principio, el plan que había preparado en 1774 la comisión áulica de estudios; pero la fundación de la Academia fracasó por causa de la dotación, de lo limitado del pensa-

miento y de la elección de los individuos que habían de componerla. Cuando la emperatriz, en 1776, supo el nombre de los seis miembros elegidos, contestó: «Es imposible que yo me decida á fundar una Academia de ciencias empezando por elegir á tres ex-jesuitas y un profesor de química: ¡haríamos reír al mundo!» Con esto, ya no volvió á hablarse de la Academia, á pesar de poderse contar con un buen número de individuos dignos de figurar en ella.

La reforma de las universidades trajo consigo la de la enseñanza en los gimnasios (1), notándose en este punto igual falta de principios fijos. El gobierno deseaba auxiliares prácticos, una enseñanza uniforme y una intervención del Estado; pero no salía de los experimentos y se contentaba con publicar leyes á medias. Como hemos dicho, se había intentado repetidas veces la reforma de los gimnasios, en 1735 durante el reinado de Carlos VI, y en 1747, 1752 y 1764 durante el de María Teresa. El decreto imperial de 1747 disponía que en las escuelas primarias se enseñara la historia, el griego y la aritmética y reducía la temporada de vacaciones. La ordenanza de 1752 respetó la clasificación de los gimnasios en seis clases, y exigió de nuevo que en ellos se enseñaran el griego, la aritmética y la geografía. La juventud no debía ser agobiada con superficialidades, sino que debía instruirse especialmente en el idioma materno y en la correcta escritura. Los jesuitas debían valerse de profesores expertos que dominaran por completo el alemán y el latín. El superintendente de la universidad, como inspector que era de las escuelas primarias, debía cuidar de la admisión de niños, expulsar á los que no sirvieran para el estudio, visitar anualmente las escuelas y velar por los exámenes que debían verificarse ante examinadores imparciales. En vista de la desobediencia de los jesuitas, se les ordenó en 1752, que no confiaran las cátedras á jóvenes escolares, sino á sacerdotes y hombres de experiencia. Esta orden se cumplió en las capitales de provincias, pero no en todos los demás lugares. En 1754, pudo todavía lamentarse un excelente profesor, Gaspari, de que los autores latinos solo fuesen estudiados superficialmente; de que aun en las escuelas primarias no se estudiaran los autores alemanes, sino los latinos; de que los antiguos libros de texto fuesen demasiado difusos é incorrectos y estuviesen escritos en latín; y, en una palabra, de que, á pesar de las ordenanzas de 1735 y 1752, estuviese completamente abandonada la enseñanza del griego y del alemán. A instancias del gobierno, redactó Gaspari una nueva instrucción para los gimnasios que fué prescrita con carácter general en 4 de febrero de 1764 (2). Las disposiciones en ella contenidas no satisficieron aun por completo, pues las escuelas de los piaristas, benedictinos, premostratenses y otras órdenes religiosas tenían los mismos defectos que las de los jesuitas. Por este motivo, el conde Juan Pergen, en su plan de estudios, proscribió de los gimnasios á los individuos de todas las órdenes religiosas. El erudito Kollar deseaba que se atendiera muy especialmente al griego, y los profesores Martini y Hesz, en su plan de estudios, recomendaron como base de la enseñanza la historia, designando á los idiomas clásicos un lugar secundario. El gobierno no se resolvió á hacer tal revolución en el modo de ser de los gimnasios, tanto menos cuanto que la falta de profesores hacia que no pudiera prescindirse de los monjes y de los ex-jesuitas. El piarista P. Gracian Marx trazó un tercer plan que era una

(1) Beidtel, *Estado del Austria desde 1740 á 1780*. Memorias de las sesiones de la Academia imperial de ciencias, VII, 724.—Kink, *Historia de la universidad de Viena*, I, 513.—Arneht, obra citada, IX, 225-243.—Hochegger, *Gimnasios austríacos*, Revista austríaca, 1863.
(2) Peinlich, *Historia del gimnasio de Graz*, 1872, 52, 60.

transacción y en el cual asimilaba en gran manera la enseñanza de los gimnasios con la de las escuelas populares. María Teresa la aceptó en 11 de mayo de 1776. En este plan se daba lugar preferente á la lengua y literatura latinas, admitiéndose como auxiliares al griego, las matemáticas, la geografía y la historia; el obispo debía cuidar de la enseñanza religiosa, continuando el alemán como desde 1774, siendo el idioma general de enseñanza: la división en seis clases, los exámenes mensuales y los profesores quedaban como antes. Estando como estaba esta reforma basada en los principios pedagógicos de los piaristas y siendo estos una mera aplicación del método jesuítico, los gimnasios austríacos fueron una nueva edición de los gimnasios de los jesuitas. Por esto los ex-jesuitas y los individuos de otras órdenes pudieron ser utilizados en la enseñanza. Este sistema subsistió, sin modificación alguna en sus rasgos fundamentales, hasta los tiempos modernos.

Con mas seguridad é independencia emprendió el gobierno la reforma de las escuelas populares. Ya en 1730 (13 de octubre) las declaró la emperatriz parte de la administración del Estado, considerándolas como un *politikum*. La organización general de escuelas de 1771 prescribe los principios fundamentales á que debían atenerse y la ley de 1774 provee á su ejecución (1). El objeto general que con esta reforma se proponía era que cada súbdito se viera obligado á recibir la enseñanza que, según su clase, le correspondiera. En su consecuencia, las escuelas populares fueron clasificadas en escuelas normales de cuatro clases para las grandes ciudades; escuelas principales para las capitales de círculo ó provincia; y escuelas comunales ó triviales, divididas en tres clases, para las aldeas y villas. En las primeras, en donde se instruían los mismos maestros, se enseñaba religión, lectura, escritura, aritmética, alemán, estilo mercantil, geografía é historia patria. Las escuelas llamadas principales abarcaban también una enseñanza vasta; solo las triviales se limitaban á la enseñanza de religión, lectura, escritura y aritmética. Los padres y tutores estaban obligados á enviar á sus hijos á la escuela: la asistencia á ella era obligatoria por espacio de siete años, desde los seis á los trece, si bien la obligación de asistir en el campo se limitaba al verano para los niños menores y al invierno para los mayores hasta los 13 años. Hechos los estudios generales, los jóvenes, hasta los veinte años, debían asistir diariamente después de vísperas á la escuela de repaso. Los gastos de la enseñanza se sufragaban con los recursos de las fundaciones, de los propietarios y de los municipios; raras veces los costeaba el gobierno. La inspección de las escuelas correspondía al cura párroco ó al rector, la administración á los funcionarios públicos, y la suprema instancia de los asuntos á ello referentes á un ponente del *gubernium* que era, por regla general, un sacerdote.

Para plantear las escuelas populares fué designado uno de los primeros pedagogos alemanes, Juan Ignacio Felbiger, preboste de Sagan, en la Silesia prusiana. Este, con autorización de su rey, fué á Viena en 1774, redactó los estatutos generales de las escuelas de 6 de marzo de 1774 y fué, en 1777, nombrado director general de instrucción pública. Pronto se despertó un extraordinario celo en lo que á la instrucción popular se refería; la misma emperatriz en aquellos territorios sobre los cuales tenía patronato, fundó nuevas escuelas; siguieron su ejemplo los propietarios y obispos; y un protector de las escuelas, el decano Kindermann, fundó por sí solo 500. María Teresa quiso introducir el nuevo sistema de enseñanza en Hungría, pero las escuelas rurales no parecían allí necesarias, además de que los protestantes tenían

en el país escuelas muy buenas. Sin embargo de todo, los conventos, curas y profesores ambulantes daban una enseñanza insuficiente. Las nuevas escuelas populares debían llevar la instrucción elemental hasta las últimas capas del pueblo; pero los fondos que proporcionaban los propietarios y los municipios no eran bastantes para sufragar los gastos y además no se ponía todo el cuidado debido en formar buenos profesores. De aquí que el pueblo viera con no muy buenos ojos las nuevas escuelas. Esto no obstante, la escuela popular fué una verdadera bendición y valió imperecedera fama al gobierno de María Teresa.

Además de las escuelas generales, creó María Teresa algunos institutos de enseñanza y educación especiales, los cuales, á pesar de su magnífico aspecto, no lograron prosperar. Entre estos estaba la escuela militar teresiana y la Academia oriental. El *Theresianum*, fundado en 1746, era una institución libre de enseñanza y educación no protegida por el gobierno, que, sostenida por fundaciones voluntarias, contaba con grandes rentas. Hombres eminentes salieron de aquel colegio, pero no justificó el nombre de instituto de educación, ni aun después de expulsados los jesuitas, porque en él seguía más el método de educación francés, que el inglés seguido, por ejemplo, en Eton. La escuela militar fué cerrada en 1787, durante el reinado de José II, se abrió de nuevo por Leopoldo II y se reformó en 1797. La Academia oriental, confiada desde 1754 á los jesuitas, estaba agobiada de deudas; pero adquirió nueva prosperidad cuando, en 1771, se hizo cargo de su dirección la cancillería de Estado. La Real academia de comercio, fundada en 1770, arrastró, con sus pocos alumnos, una pobre existencia, no siendo comparable en manera alguna con las escuelas de comercio de Hamburgo y Magdeburgo.

En la reforma político-eclesiástica, en la cuestión de los jesuitas y en la de enseñanza mostró María Teresa la misma prudencia que caracteriza todo su gobierno; pero siempre dictó disposiciones á medias, cuando las tendencias ilustradas de la época impelían adelante la política y la práctica de sus hombres de Estado.

III.—ADQUISICION DE LA GALITZIA Y DE LA BUKOWINA

Política seguida respecto de Polonia.—Posesión de Zips (1769).—Unión de Prusia y Rusia.—Acta de repartición (1775).—Galitzia bajo la dominación austríaca.—Política de Austria durante la guerra ruso-turca.—Adquisición de la Bukowina (1775).

Mientras en punto á la Iglesia y á la enseñanza mostraba el gobierno tanta actividad reformadora, la política exterior trataba de la primera repartición de Polonia y de la guerra ruso-turca de 1768 á 1774, acontecimientos ambos que estaban íntimamente enlazados y afectaban á los intereses que tenía el Austria al Norte y al Sur. La repartición de Polonia, prescindiendo ya de la gran decadencia interior de aquel reino, fué evidentemente consecuencia de la política de sus dos vecinas, Prusia y Rusia (2). El Austria no figuraba en este asunto en primera línea, pero su interés, una vez planteada la cuestión, hacía necesaria su participación en la política agresiva de Rusia y de Prusia. Ya en 1762, habían corrido rumores de que ambas potencias se unían en secreto para la futura elección de rey en Polonia y para extender en esta ocasión sus dominios. Al Austria, y con ella todo el

(2) Janssen, *Para la Historia de la primera repartición de Polonia*, 1861. Van der Bruggen, *Disolución de Polonia*, 1878. Lelewel, *Historia de Polonia*. Arneht, VIII, 45-125. Hauser, *Historia alemana*, I, Beer, *Primera repartición de Polonia*, 2 tomos, 1873.

(1) Helfert, *Escuelas populares de Austria*, 1860.